

condrijos conocidos de los Viet Cong, otras fueron batidas ciegas a campo traviesa por las arrozceras inundadas y las colinas boscosas, tan descoordinadas como cacerías de conejos y más o menos lo mismo de productivas. "En esta guerra, todavía vale mucho más saberlo hacer que armar alboroto", dijo el General David M. Shoup, Comandante del Cuerpo de Infantería de Marina de los Estados Unidos, después de una revista reciente.

"Las tropas están listas", dice un asesor americano. "Tienen todo el armamento necesario y saben emplearlo. No son agresivos por naturaleza, pero son valientes, y la instrucción les ha inspirado confianza. Todo lo que necesitan ahora es que el hombre del escalón más alto los impulse".

El que se produzca o no este impulso depende de que el Presidente Diem se convenza pronto de que sus fuerzas armadas, una vez puestas en acción y sin trailla, volverán sus armas contra el enemigo y no contra el mismo Presidente. Según los observadores, su temor a un golpe militar se ha convertido en obsesión desde que en febrero último dos pilotos de la Fuerza Aérea vietnamesa atacaron el palacio presidencial en lugar de descargar sus bombas contra el Viet Cong.

Ahora sospecha de todo mundo, inclusive de nosotros, y solo tiene fé y confianza en los miembros de su familia inmediata. Esta es la razón por la cual los asesores americanos bien enterados de la política insisten ante los periodistas visitantes en que no se refieran en términos entusiastas a los Comandantes más agresivos que actúan enérgicamente contra el Viet Cong.

Hablando del Comandante de División con quien trabaja, dice un americano: "El hombre es un tigre. Sabe pelear contra las guerrillas, las ataca duramente, y se está ganando la confianza y la lealtad del pueblo. Pero por Dios santo no hablen mucho de él,

o el Presidente lo degrada a Subteniente; el viejo no quiere que entre los militares surjan héroes".

Aun en el caso de que el Presidente demostrara mucha más agresividad que hasta ahora, esta guerra no terminará pronto. A medida que vamos enseñando también vamos aprendiendo, y una de las cosas que estamos aprendiendo es que una guerra de guerrillas en que hay que luchar arrastrándose furtivamente contra un enemigo nocturno y elusivo que, según las palabras de Mao Tse-Tung, "se mueve con la fluidez del agua y la facilidad del viento", es uno de los esfuerzos militares más lentos, más llenos de frustraciones y más angustiosos.

El problema: ¿Quién es el Guerrillero?

La dificultad está en saber quién es el enemigo y dónde se encuentra. El guerrillero Viet Cong que se ha colado a través de las fronteras de Laos o Cambodia al salir de los centros de instrucción de Ho Chi Minh en el Viet Nam del Norte comunista, tiene el mismo aspecto del campesino vietnamés del Sur. Habla el mismo idioma y usa el mismo amplio pantalón negro de algodón y el mismo sombrero cónico de paja. De noche es un depredador asesino; de día no se distingue del agricultor que ara en la arrozcera con su búfalo, del vendedor que tiene un puesto de legumbres, o del vendedor de pescado. Vive, come y duerme entre las gentes a quienes ha jurado subvertir, y obtiene su lealtad por medio de la propaganda o la impone por medio del terror.

Los Viet Cong han empleado esta técnica para someter a su control vastas regiones de Viet Nam del Sur. Por invitación de los militares, no hace mucho estuve volando sobre una amplia extensión del delta del río Mekong al Suroeste de Saigón, y sobre el terreno montañoso hacia el Norte.

Las húmedas tierras del delta mostraban uno de los paisajes más apacibles del mundo oriental; las arroceras, verdes y plateadas, se extendían hasta el horizonte, sin más vida que las figuritas minúsculas de los hombres que araban con sus lentos búfalos en el fango hasta la rodilla. En los pueblecitos, regados por millas y millas a lo largo de las ondulantes corrientes de agua, tupidas de árboles, todo parecía tranquilo. No se divisaban allí trincheras, ni fortificaciones, ni posiciones para Artillería, ni ninguna de esas ligeras cicatrices que delatan la presencia de una fuerza militar. Pero desde junio último en este delta se ha dado muerte a 5.000 guerrilleros, y los informes del gobierno indican que todavía hay otros 5.000 ocultos allí.

En el Norte, a lo largo de la cordillera annamita, donde los árboles de la selva tropical se elevan sobre las crestas de abruptos cerros que alcanzan hasta los 8.000 pies de altura, el enemigo era igualmente invisible. Allí no había movimiento, ni humo, ni señal alguna de vida. Sin embargo, ahí están los Viet Cong en gran número, moviéndose en pequeños grupos bajo la cubierta de la selva, tan ocultos a la vista como gusanos en el interior de una manzana. Una telaraña de senderos sale de Laos y Camboya a lo largo de estas 900 millas de frontera no demarcada, y el servicio de inteligencia calcula que mensualmente se están infiltrando a Viet Nam Sur unos 3.000 guerrilleros que van a unirse a los grupos que ya se encuentran allí.

Lanzas y flechas envenenadas.

Oficialmente se calcula que en la actualidad están operando en Viet Nam del Sur unos 25.00 vietnameses del Norte comunistas armados e instruidos; voluntariamente o a la fuerza sirven con ellos unos 100.000 campesinos locales de edad militar. Pueden

estar provistos únicamente de lanzas de bambú afilado o de arcos y flechas envenenadas, pero se les lleva en las incursiones para instruirlos en materia de operaciones en campaña.

La doctrina que están aprendiendo es la de ese ballet de la muerte que Mao Tse-Tung enseñó a sus Ejércitos comunistas chinos y que a su vez los chinos han enseñado a todas las fuerzas comunistas que operan actualmente en Oriente: "Si el enemigo avanza, nos retiramos; si se detiene, lo hostigamos; si se fatiga, lo atacamos; si se retira, lo perseguimos".

Aplicando esa táctica huidiza de atacar y correr, los Viet Cong han logrado sobrevivir y eludir los intentos esporádicos y muchas veces descoordinados del gobierno, y al sobrevivir han podido adelantar el adoctrinamiento político de las capas inferiores que, en combinación con las amenazas de violencia, ha colocado bajo su completo control a una quinta parte de Viet Nam del Sur, con una población de unos 4.000.000 de habitantes. Según estiman los observadores, en otro 40% del país existe un gobierno dual. El gobierno de Saigón manda de día, pero los Viet Cong se infiltran de noche para asesinar funcionarios, secuestrar hombres jóvenes para el servicio, y cobrar sus propios impuestos.

De esa manera, menos de la mitad del país puede considerarse bajo el control del gobierno, y aún en las regiones que se tienen como seguras y donde están concentradas tropas de la república, ningún funcionario oficial puede acostarse por la noche con ninguna seguridad de que estará con vida a la mañana siguiente. Los maestros, los colectores de impuestos y los funcionarios de los pueblos todavía están siendo asesinados a razón de cuatro o cinco diarios, o sea aproximadamente el doble de los que alcanza a preparar el gobierno en su Instituto Nacional de Administración Pública.

Las tropas en campaña, una vez que salen de sus cuarteles, tampoco pueden sentirse seguras. No hace mucho, una columna de camiones con 1.000 hombres que se dirigía hacia la Llanura de las Cañas para atacar un refugio Viet Cong, fue emboscada en la carretera, unas 24 millas al Norte de Saigón, antes de haber recorrido una milla desde los cuarteles. Obviamente, los comunistas estaban informados del movimiento de la tropa; hasta que se abrió el fuego, ésta ignoraba que hubiera elementos enemigos en varias millas a la redonda.

Este es, pues, el dilema en que está el gobierno. No puede dar caza y destruir a los Viet Cong antes de haber conquistado la lealtad, la confianza y el pleno apoyo del pueblo, porque solo el pueblo puede decirle al gobierno quiénes son los comunistas, dónde están, y qué están haciendo. Pero el gobierno no puede persuadir al pueblo de sus buenas intenciones hacia él mientras no pueda enviar con seguridad a sus propagandistas a las aldeas —los maestros, los médicos, las enfermeras, los ingenieros de carreteras y de sanidad que hemos estado preparando para que lleven a las zonas rurales las reformas políticas, sociales y económicas que tan desesperadamente se necesitan en ellas. Y no puede adelantar estos programas mientras los Viet Cong no sean destruidos o expulsados.

Así es como el gobierno, y nosotros como asesores suyos, nos enfrentamos a un difícil problema de equilibrio y de oportunidad —el de combinar una campaña militar a fondo con un programa igualmente agresivo y eficaz de acción civil—. Hasta ahora el esfuerzo ha pesado sobre los militares.

En concepto de nuestros Oficiales, el gobierno vietnamés dispone ya de toda la capacidad de combate necesaria para limpiar al país de los Viet Cong, pero en nuestra opinión una gran par-

te de esa fuerza de combate todavía se está empleando mal. Muchas tropas, al mando de Oficiales cuyo principal atributo militar parece ser su firme lealtad al Presidente, se mantienen como "reserva general" en las vecindades de Saigón, actuando en verdad como guardia de palacio más bien que como tropas de combate. Muchas otras, a órdenes de Comandantes vietnameses que aprendieron su táctica con los franceses, están dispersas en solitarios puestos avanzados en que protegen puentes, lugares de paso de los ríos, y centros de comunicaciones. Encerradas entre sus barricadas de alambre de púas, sirven de fáciles blancos para las móviles fracciones Viet Cong, que han estado tomando por lo menos uno de estos puestos de guardia cada noche. Nuestros Oficiales hacen notar que este concepto de la fortificación es la táctica que aplicaron los franceses contra los guerrilleros en esta misma región, y que en ocho años de sangrienta lucha les costó toda la Indochina.

Los helicópteros golpean fuertemente

Las incursiones helicoportadas de fuerzas reducidas, dotadas de armas automáticas livianas, han resultado hasta ahora mucho más efectivas. Las tropas helicoportadas aterrizan por tres lados de un refugio conocido, y hacen salir a las guerrillas a terreno abierto "de matar", en el cual intervienen para liquidarlas los aviones o tropas en vehículos blindados que se mueven por los terraplenes de separación de las arrozceras.

Este procedimiento no los aniquila totalmente. Los Viet Cong que escapan se escurren a los canales, donde se ocultan bajo el agua respirando por una caña, o bucean como nutrias para esconderse en cuevas, bajo los terraplenes de los canales. Sin embargo, en general los ataques aeroportados

han sido eficaces, matando a seis Viet Cong por cada hombre que se pierde. Ultimamente estas operaciones se han hecho más peligrosas para los americanos que vuelan los helicópteros porque a los guerrilleros se les han suministrado armas automáticas, y un lento helicóptero, cargado de tropa, es tan vulnerable al fuego terrestre como un pato herido; el Ejército americano, que maneja los aparatos en el Sur, está usando helicópteros rápidos, armados con cohetes y ametralladoras, para forzar a los Viet Cong a abrigarse mientras aterrizan los de transporte de tropas. Los infantes de Marina americanos, que vuelan las misiones de transporte en el Norte, se defienden de otra manera: mediante el peligroso procedimiento de volar ciñéndose a las curvas de nivel, pasando muy bajos por sobre las crestas y por los valles, se dejan caer repentinamente sobre los pocos y reducidos sitios de aterrizaje disponibles.

Para estas incursiones, Oficiales preparados en escuelas de contrainsurgencia en Fort Bragg, N. C., en la Zona del Canal de Panamá y en Okinawa, predicán esta sencilla doctrina a los Comandantes vietnameses: para dominar la insurgencia, las tropas regulares tienen que ser capaces de combatir con las guerrillas en su propio terreno y por sus propios métodos. Tienen que moverse en la selva tan rápida y tan silenciosamente como lo hace el guerrillero. Tienen que darle golpes rápidos y fuertes en el momento en que se cree seguro. Una vez que le hacen salir a descubierto, tienen que seguir persiguiéndolo, sin darle nunca la oportunidad de volver a su escondrijo para armarse de nuevo o para lamerse las heridas. Una vez que el pueblo sepa que el gobierno tiene el poder, y no las guerrillas, se pasará al lado del gobierno.

Una vez que se hayan asegurado zonas grandes del país, podremos con-

centrar nuestros esfuerzos en formas más suaves de ayuda. Estamos gastando casi un millón de dólares diarios en Vietnam, la mitad de ellos en ayuda militar, y nos gustaría más estar invirtiendo ese dinero en la preparación de maestros, médicos, técnicos e ingenieros, y en las reformas políticas, sociales y económicas sin las cuales el gobierno no puede aspirar a ganarse la lealtad y el apoyo de su pueblo.

“Las armas y las balas” —dice uno de los asesores— “no serán la solución definitiva aquí. Lo más que pueden hacer los militares es imponer la paz mientras se ponen en ejecución las reformas”.

A veces mueren los que no deben

Desgraciadamente, en toda guerra civil, cualquier acción militar por parte de las tropas regulares para imponer la paz le hace más difícil al gobierno la tarea de convencer al pueblo de que tiene sincero interés en su bienestar. Esto es especialmente cierto en esta guerra en que no hay frente, flancos ni espalda y en que cualquier pueblo, súbitamente y sin aviso alguno, puede convertirse en campo de batalla. La bala que estaba destinada al guerrillero pero que mata a la mujer o al hijo del campesino no hace que éste tema y odie al guerrillero; le hace temer y odiar al gobierno. Las acciones en que mueren 5, 50 o 100 guerrilleros pueden considerarse como victorias militares, pero después de cada acción puede haber igual número de muertos que no eran de ningún modo comunistas, sino sencillos campesinos forzados a alojarlos. De esa manera un pequeño éxito militar puede hacer grave daño, políticamente, a la causa del gobierno.

Esta es una causa de grave preocupación y se han estudiado mucho las formas de protección del pueblo, tan-

to de los Viet Cong como de las tropas gubernamentales.

Un sistema sumamente costoso es el de trasladar a los campesinos a nuevas colonias en aldeas que puedan custodiarse seguramente. Este plan se ha ensayado en la región del delta, y no ha sido especialmente provechoso. El campesino vietnamés tiene un profundo apego a la tierra que cultiva y no abandona de buena voluntad los lugares en que ha vivido siempre. Cuando se instalaron las primeras de esas aldeas, el gobierno descubrió que tenía que desplazar a la gente a la fuerza. Luego hizo quemar las casas que se abandonaban y destruir las cosechas, para denegárselas a los Viet Cong, y los resultados fueron los que podían esperarse: cuando las familias quedaron instaladas en las nuevas poblaciones, habían desaparecido todos los jóvenes en edad militar, presumiblemente para unirse a las guerrillas. Los trasladados no fueron sino los viejos y los niños, que ahora observan sombríamente, desde sus puertas, a los funcionarios del gobierno que con orgullo muestran las nuevas instalaciones a los visitantes.

La idea de la "Vieja Estacada" da resultados.

Un método mucho más efectivo es el que se basa en el concepto de la "aldea estratégica". En esos sitios, que son suficientemente compactos para poderlos cercar, el gobierno ayuda a la población a que instale sus propias defensas. Se rodea a las casas, muy próximas entre sí, con un foso en que se siembran estacas de bambú aguzadas, y luego se construye una fuerte cerca de bambú o de alambre de púas. Al lado de estas defensas estáticas, la aldea suministra el personal que ha de ser armado e instruido en el empleo de las armas. Durante el día instalan centinelas en torres de vigilancia pri-

mitivas, y protegen a los agricultores que trabajan en los campos.

"Es la vieja idea de la estacada que emplearon nuestros antecesores contra los indios", dijo un americano entusiasmado. "Los Cong ya no pueden llegar sencillamente a llevarse lo que quieren; tienen que penetrar a la fuerza, y no les gusta combatir cuando el otro también dispara".

En Vietnam del Sur hay 16.000 aldeas y 5.000 pueblos —varias aldeas adyacentes forman un pueblo— y el gobierno dice que ahora hay unas 5.000 aldeas "estratégicas" y que cada día se organizan más. Con nuestra ayuda se está dotando a esas poblaciones defendidas de materiales de radiocomunicación, de modo que cuando es atacada una de ellas puede pedir ayuda a las vecinas o a las tropas más próximas. En estas aldeas también se están sembrando los primeros gérmenes de la democracia; sus habitantes eligen sus concejos por votación libre y secreta, sin interferencia visible del gobierno.

Paralelamente a los cuerpos de auto-defensa de las aldeas y al Ejército regular, se ha organizado una Guardia Civil de unos 70.000 hombres. Estas fuerzas de milicianos, al mando de jefes provinciales, protegen las instalaciones delicadas, patrullan los caminos, e identifican a los que viajan entre las aldeas, y cuando las tropas regulares lanzan ataques en su zona, bloquean las vías de escape de los guerrilleros.

Al principio, casi en todos los encuentros con los Viet Cong los guardias civiles abandonaban sus armas y salían corriendo, pero últimamente han comenzado a hacer frente y combatir, y dentro del cuadro general probablemente han sufrido más bajas y dado muerte a más guerrilleros que el Ejército regular.

Pero la fuerza militar potencialmente más importante para la guerra en la selva puede resultar otra muy diferente de los vietnameses: los tribe-

ños de las montañas, a quienes los vietnameses han despreciado siempre como a simples salvajes. Son gentes morenas e impenetrables, más fuertes y musculosas que los menudos vietnameses, y se cree que eran los habitantes primitivos del país, que fueron desplazados a las montañas hace 2.000 años, cuando los vietnameses llegaron de la China del Sur. Viven en la edad de piedra en las montañas y las colinas boscosas; cazan con arco y flecha o capturan sus presas con trampas, y practican una agricultura primitiva a base de corte e incendio. Más parecen indios americanos que orientales, y son los pisteros y cazadores más hábiles después de los apaches.

Se cuentan unos 600.000 de ellos en 20 o más tribus. Las tierras altas centrales en que viven dominan el delta del Mekong hacia el Sur, y las ricas tierras productoras de arroz de la costa oriental. Están sobre los senderos de las guerrillas que vienen de Camboya del Norte y Laos del Sur. Esta combinación de circunstancias hizo pensar que, si se les armaba y se les instruía, podrían interceptar y destruir a los Viet Cong que cruzaran la frontera, pero el problema era el de tomar contacto con ellos, porque detestaban a los vietnameses y desconfiaban de ellos; los habían tratado más o menos tan amablemente como nosotros tratamos a los indios americanos.

La solución se encontró en las tabletas de aspirina y en las drogas para sus comezones y sus fiebres. Un puñado de hombres de las Fuerzas Especiales del Ejército de los Estados Unidos, con un médico experto en el tratamiento de las enfermedades que reinan en esa región, llegó discretamente a una aldea de los Rhades, la tribu más grande y poderosa. Instalaron una minúscula clínica, y empezaron a tratar a los tribebños, diciéndoles que si querían que se continuara prestando ese servicio, tendrían que proteger a

los americanos contra los Viet Cong. A los Rhades les encantó la idea de tomar las armas para defender al médico y sus drogas, y nosotros les suministramos las necesarias con mucho gusto. Muy pronto empezaron a llegar tribebños de otras aldeas, pidiendo remedios y se les dió la misma respuesta.

En la actualidad la idea se está difundiendo por las montañas y ahora los Rhades no se limitan a defender sus aldeas; están emboscando alegremente a los Viet Cong en las pistas de la selva, y cazándolos en sus refugios de la montaña. No hace mucho, el jefe Rhade de una aldea, un hombre robusto que llevaba lo que parecía haber sido un jersey de fútbol, mostraba orgullosamente a unos periodistas visitantes la caza de la semana: en el piso de tierra pisada de la pequeña clínica, un Viet Cong flaquísimo, herido en la cabeza y en la pierna, recibía tratamiento médico, mientras desde un hoyo en el suelo un hombre de más edad, de quien se decía que era un cabecilla guerrillero, balbuceaba una oración y acariciaba un medallón que le colgaba del cuello mientras lo sacaban a la luz. En una estacada de troncos y alambre, cuatro hombres jóvenes estaban sentados en frazadas limpias, comiendo arroz. El intérprete dijo que eran reclutas Viet Cong; no se les haría daño, pero se les enviaría a otra aldea en que se estaba desarrollando un programa de conversión de simpatizantes del Viet Cong.

La batalla de un "Ranger" Americano

Ese día, en una choza de techo de palma, sobre cuya puerta colgaba el pico gigantesco de un tucán, un "Ranger" americano delgado y joven, el Capitán Terry Cordell, hablaba con orgullo de las condiciones de combatientes de los guerreros Rhades. "No conocen el miedo", —decía. "Cuando

caen en una emboscada no corren, sino que se lanzan sobre los fogonazos de las armas Viet Cong". Poco después, Terry Cordell estaba muerto, mientras su avión volaba muy bajo, en apoyo de una patrulla vietnemesa, fue derribado por los guerrilleros.

Y así continúa esa guerra lenta y amarga, en que no se lucha por ganar terreno, sino por la lealtad de los hombres, conflicto militar, político y psicológico entre el comunismo y el mundo libre. Al contrario la creencia general, no es un tipo de guerra que por temperamento y por experiencia estemos en malas condiciones para librar. A través de la historia ha habi-

do americanos combatiendo como guerrilleros y contra guerrilleros.

Antes ya encontramos comunistas insurgentes en Grecia y en las Filipinas, y con nuestra ayuda los derrotaron los griegos y los filipinos. Los vietnemeses, con nuestra ayuda, pueden derrotarlos aquí. Pero el Este se mueve lentamente, y la victoria todavía está muy lejana. Para obtenerla definitivamente, completamente, necesitaremos de mucha terca paciencia y de la decisión de persistir, sin que importe lo que puedan irritarnos las actitudes dilatorias de Diem y sin que importen las nuevas presiones que pueda aplicar Kruschev.

VIETNAM

Abarca este país toda la parte oriental de Indochina, toda la enorme S bañada al norte por el golfo de Tonkín y a continuación por el mar de China meridional. Sus límites occidentales son China, Laos y Cambodia. Consta en realidad de tres países: Tonkín (115.700 kms.²) al norte, Annam (149.800 kms.²) en el centro y Cochinchina (64.100 kms.²) al sur, con un total de 329.600 kms.² pero en la actualidad está dividido políticamente en Vietnam del Norte, con 164.103 kms.² y Vietnam del Sur con 170.231 kms.². Lo que quiere decir que el primero comprende el Tonkín y parte de Annam y el segundo Cochinchina y el resto de Annam. La divisoria es aproximadamente el paralelo 17°

Tonkín es de estos países el que posee mayor riqueza minera: carbón, hierro, estaño, zinc, fosfatos, lo que ha permitido también un mayor desarrollo de su industria.

Vietnam del Norte tiene 16.000.000 de habitantes y es una república popular de régimen comunista. La capital es Hanoi (640.000 habitantes) población de aspecto moderno aunque no le falta el pintoresco barrio indígena, situado en el delta del río Rojo. Tiene universidad, posee fábricas de tejidos de algodón, cerámica, jabones y esencias, cerillas y destilerías; es centro comercial y punto de partida de varias líneas férreas. Una de éstas conduce al puerto de Haifong (367.000 habitantes) que es el más importante del país y gran exportador del arroz recolectado en la región del delta del río Rojo, en una de cuyas ramas está situado. Es muy activo su comercio con la vecina provincia china de Yünnan.